

Identidad

Zygmunt BAUMAN (traducción del inglés de Daniel Sarasola).

Madrid, Losada, 2005, 214 páginas.

ANNA ESTRADA ALSINA
Universitat Oberta de Catalunya

En un momento histórico en que la multiculturalidad está adquiriendo una enorme visibilidad social, en el que la comunicación intercultural se consolida como un objeto de estudio fundamental, en el que la alianza de civilizaciones aparece en la agenda política, etc., un concepto-fuerza emerge en el corazón del debate: la identidad.

El concepto de identidad forma parte de una de las preguntas clásicas de la historia del pensamiento humano. En cada momento histórico la respuesta a ¿quién soy? o ¿quiénes somos? ha ido cambiando. En la actualidad, con la posmodernidad, se plantea la necesidad de repensar el concepto de identidad. Esto es lo que pretende Zygmunt Bauman en este trabajo.

Este libro tiene su origen en una serie de entrevistas realizadas por Benedetto Vecchi a Bauman. Sin embargo no hay que pensar que nos encontramos ante una entrevista periodística sino que el libro puede leerse prácticamente como una serie de reflexiones, amplias y profundas, a partir de las preguntas de Vecchi. De hecho, es muy posible que cuando el lector lea el libro casi ni perciba que se trata de una entrevista. El entrevistador en seguida desaparece de la escena, para dejar paso al entrevistado. Esta intención se aprecia claramente porque, después de la introducción, el libro empieza directamente con las palabras de Bauman y sólo en la primera pregunta aparece el nombre del entrevistador. A continuación, sólo un tipo de letra más pequeño permitirá identificar las preguntas que son, sobre todo, apoyaturas al discurso de Bauman. Hay que señalar que la entrevista está muy bien editada, en ningún momento parece que estemos ante un discurso oral, además a lo largo del texto se recogen, a pie de página, las obras de los autores citados en el texto. En la introducción, Benedetto Vecchi hace un rápido resumen de la vida y obra de Zygmunt Bauman que ayudará al lector a tener una visión amplia de los posicionamientos del autor.

En el tema de la identidad no se puede obviar los efectos sociales, políticos y culturales que derivan de ella. En este sentido habría que recordar el

segundo volumen de la trilogía *La era de la Información. Economía, Sociedad y Cultura* de Manuel Castells (1998) *El poder de la identidad*. Para Bauman las guerras de reconocimiento se libran entre dos frentes. “*En un frente, se fomenta la identidad preferida y elegida en detrimento de las viejas identidades abandonadas y molestas, elegidas o impuestas en el pasado. En el otro, se contraataca contra las presiones por los demás identidades, artificiosas y forzadas (estereotipos, estigmas y etiquetas), artificiales y asumidas, que las ‘fuerzas enemigas’ promueven, y se rechazan en caso de que se gane la batalla*” (p.88). La identidad no es un espacio de debate pacífico “*La identidad, digámoslo claramente, es un ‘concepto calurosamente contestado’. Donde quiera que usted oiga dicha palabra. Puede estar seguro de que hay una batalla en marcha. El hogar natural de la identidad es un campo de batalla*” (p.165).

En algo que parecen estar de acuerdo la mayoría de los científicos sociales es que la identidad es una construcción social. En lo que suelen diferir es en la consistencia de esta construcción social. Para Bauman “*Uno se concienza de que la ‘pertenencia’ o la ‘identidad’ no están talladas en la roca, de que no están protegidas con garantía de por vida, de que son eminentemente negociables y revocables.*” (p.32). Por un lado “*La fragilidad y la condición por siempre provisional de la identidad ya no se puede ocultar.*” (p.41) y, por otro lado, “*Pocos de nosotros (en el caso de que haya alguien) estamos expuestos a una sola ‘comunidad de ideas y principios’...*” (p.34). Un claro ejemplo de esto nos lo propone Maalouf (1999), en su conocida obra *Identidades asesinas*, cuando plantea una encuesta imaginaria sobre su identidad a un hombre de unos cincuenta y tantos años en Sarajevo: “*Hacia 1980, ese hombre habría proclamado con orgullo y sin reservas: ‘¡Soy yugoslavo!’; preguntado un poco después, habría concretado que vivía en la República Federal de Bosnia-Herzegovina y que venía, por cierto, de una familia de tradición musulmana.*

Si lo hubiéramos vuelto a ver doce años después, en plena guerra, habría contestado de manera espontánea y enérgica: ‘¡Soy musulmán!’ Es posible que se hubiera dejado crecer la barba reglamentaria. Habría añadido enseguida que era bosnio, y no habría puesto buena cara si le hubiésemos recordado que no hacía mucho que afirmaba orgulloso que era yugoslavo.

Hoy, preguntado en la calle, nos diría en primer lugar que es bosnio, y después musulmán; justo en ese momento iba a la mezquita, añade, y quiere decir también que su país forma parte de Europa y que espera que algún día se integre en la Unión Europea.

¿Cómo querrá definirse nuestro personaje cuando lo volvamos a ver en ese mismo sitio dentro de veinte años? ¿Cuál de sus pertenencias pondrá en primer lugar? ¿Será europeo, musulmán, bosnio...? ¿Otra cosa? ¿Balcánico tal vez?” (pp. 22-23).

Por su parte Bauman pone el interesante ejemplo de su país de origen: Polonia. Así nos recuerda que a mediados del siglo XX se elaboró un padrón de población en dicho país, que era una sociedad multiétnica. Pero el estado moderno se construye como una nación uniforme, o casi uniforme. Aunque, como nos recuerda el autor, *“La identidad nacional, déjeme añadir, nunca fue como otras identidades. Al contrario de otras identidades que jamás exigieron lealtad sin ambages y fidelidad exclusiva, la identidad nacional no reconoce la competencia, ni mucho menos una oposición. La identidad nacional concienzudamente construida por el Estado y sus organismos (...) tiene por objetivo el derecho de monopolio para trazar el límite entre el ‘nosotros’ y el ‘ellos’.”* (p. 53). En el padrón del Estado polaco se pedía que cada súbdito pusiera su nacionalidad, pero el problema que se planteó es que muchos no sabían lo que significaba “tener una nacionalidad”. Así, a pesar de las presiones de los servidores del Estado, se tuvo que añadir al padrón una nueva categoría en la que se sentían identificados casi un millón de personas, y que venía a responder a lo que tenía sentido para ellos: “somos de aquí”. Así, a la lista oficial de nacionalidades se añadió: “Los lugareños”.

Bauman es muy crítico con la identidad nacional, que considera una ficción. *“La identidad nacida como ficción requirió de mucha coerción y convencimiento para fortalecerse y cuajar en una realidad (más concretamente: en la única realidad imaginable), y estos dos factores sobrevolaron la historia del nacimiento y de la maduración del Estado moderno.”* (p.49). Pero también reconoce este autor que con el triunfo de la modernidad esta identidad se va imponiendo. *“Hubo que esperar a la lenta desintegración y a la merma del poder de control de las vecindades, además de a la revolución de los transportes, para despejar el terreno y que naciera la identidad como un problema y, ante todo, como una tarea.”* (p.46).

Con la globalización se produce un escenario distinto al de la modernidad. Estamos ante lo que Bauman denomina la “modernidad líquida” Por un lado, *“Se ha dado plena libertad a las identidades y ahora son los hombres y mujeres concretos quienes tienen que cazarlas al vuelo, usando sus propios medios e inteligencia.”* (p.68). *“Seleccionar los medios requeridos para lograr una identidad alternativa a la elección de uno ya no es un problema (siempre y cuando tenga el dinero suficiente para comprarse la consabida parafernalia).”*

(p.179). Para estos grupos sociales “*Una identidad unitaria, firmemente fijada y solidamente construida sería un lastre, una coacción, una limitación de la libertad de elegir.*” (p.117). Así, “*La construcción de la identidad se ha trocado en experimentación imparable. Los experimentos nunca terminan. Usted prueba una identidad cada vez, pero muchas otras (que todavía no ha probado) esperan a la vuelta de la esquina para que las adquiera.*” (pp. 180-181). Pero, como nos recuerda Bauman, “*La mayoría está excluida del festín planetario. No hay un ‘bazar multicultural’ para ellos.*” (p. 204). Por ello, esta posibilidad de elección identitaria no está al alcance de todo el mundo. La estratificación social también se manifiesta en la construcción identitaria. “*En un extremo de la jerarquía global emergente están los que pueden componer y descomponer sus identidades más o menos a voluntad, tirando del fondo de ofertas extraordinariamente grande de alcance planetario. El otro extremo está abarrotado por aquellos a los que se les ha vedado el acceso a la elección de identidad, gente a la que no se da ni voz ni voto para decidir sus preferencias y que, al final, cargan con el lastre de identidades que otros les imponen y obligan a acatar; identidades de las que se resienten pero de las que no se les permite despojarse y que no consiguen quitarse de encima. Identidades que estereotipan, que humillan, que deshumanizan, que estigmatizan...*” (pp. 86-87)

Como nos recuerda Bauman “*La mayoría de nosotros estamos desairadamente en suspenso entre estos dos extremos...*” (p. 87). Pero también hay el extremo del espacio inferior “*En este espacio cae (o, más correctamente, se empuja a) la gente a la que se niega el derecho a reivindicar una identidad distinta de una clasificación imputada e impuesta, la gente cuya demanda no se admitirá y cuyas protestas no serán escuchadas ni siquiera aunque soliciten la anulación del veredicto.*” (p. 89). Sería el caso de “los ilegales”, “los sin papeles”, los nuevos esclavos del siglo XXI. “*El significado de ‘identidad de clase inferior’ es ausencia de identidad; la desfiguración hasta la anulación de la individualidad, de la ‘cara’ (...) se le arroja fuera del espacio social, donde se buscan, eligen, construyen, evalúan, confirman o refutan las identidades.*” (p. 90).

Bauman habla, también, del papel de los medios de comunicación “*...los medios proporcionan la materia prima que sus espectadores usan para abordar la ambivalencia de su emplazamiento social. La mayoría de los telespectadores son tristemente conscientes de que se les ha vedado la entrada a las ‘festividades’ policulturales planetarias. No viven, ni pueden soñar con vivir, en el espacio global extraterritorial en el que reside la élite cultural ‘cosmopolita’. Los medios de comunicación proporcionan ‘extraterritorialidad virtual’, ‘extraterritorialidad sustitutiva’, ‘extraterritorialidad imaginada’ a multitud de gente a la que se niega el acceso a la real.*” (p. 206)

El libro de Bauman empieza con una anécdota personal. El autor nos recuerda que en una universidad checa es costumbre que se interprete el himno nacional de la persona que va a ser investida doctor *honoris causa*. El problema que se planteó en su investidura es que le pidieron que eligiera entre el himno británico (su país de acogida) y el himno polaco (su país de nacimiento), pero Bauman no queriendo excluir ninguna de sus pertenencias pidió finalmente que se tocara el himno europeo.

Recordemos, para finalizar, lo que es quizás la clave de bóveda del tema de la identidad, que Bauman plantea en forma de pregunta: “...*cómo plantear la unidad en (¿a pesar de?) la diferencia y de cómo preservar la diferencia en (¿a pesar de?) la unidad.*” (p. 94). El reto está servido.